

De campo sí, de paletos nada (II)

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN



Paseo por la hermosa ciudad de Córdoba. Veo un gran cartel en la calle que pone literalmente “En Córdoba, de campo sí, de paletos nada”, firmado con la etiqueta #Orgullo de campo.

Tenemos en Miguel Delibes un escritor del campo. Una excelente prosa testimonial de un mundo que desaparece. Y, sin embargo, un mundo que también se pone al día, se vuelve mestizo, inmerso en un profundo proceso de cambio social.

De todo esto hay en la España rural, hoy. No obstante, siempre se percibe una constante desigualdad social que atraviesa este mundo rural. Por ello, hablar de esto es un tema clásico, un tema casi atemporal. De ahí que siga mostrando esta larga conversación que mantuve con Miguel Delibes, de la que publiqué una primera parte, en mi columna, de hace quince días.

En cursiva figuran las respuestas de Miguel Delibes a mis sugerencias e interpe-laciones, en tipografía normal.

Hablando con Miguel Delibes

Se dice que los campesinos son desconfiados, cerrados, ¿y cómo no ser así si siempre los han burlado, engañado?

«Así es. Es natural que el campesino sea desconfiado. El clima, los políticos, la tierra, se la juegan habitualmente. ¿En quién creer? El sentido de la trascendencia lo tienen, en cambio, más arraigado que los habitantes de las ciudades».

Emile Zola escribía: «Los campesinos no ven el campo». ¿Cómo siente el campesino el campo? ¿Cuál es su sensibilidad hacia él?

«Sí ven el paisaje, naturalmente que lo ven, pero no desde un punto de vista estético sino económico. Lo miran -y lo ven- más o menos como a una vaca, como posibilidad rentable».

A los ex-campesinos les espera en la ciudad por lo general, el suburbio, el hacinamiento, el desarraigo, no parece que lleguen a la «tierra prometida».

«Sí. He conocido tres hombres que deshicieron una cooperativa agraria que les había rentado millones, para trasladarse a la ciudad, uno de portero en una casa de vecinos y otro de recadero. Ellos ponían a sus

mujeres como disculpa: se aburren. Ellas a sus hijos: queremos que estudien. La televisión hace soñar con mundos irreales».

Los términos paleta, pueblerino, cateto, etc., ¿no son un tipo de racismo de la ciudad contra el campo, un escarnio inadmisibles?

«El isidro, el paleta, son vocablos que languidecen. Tuvieron vigencia en la primera mitad del siglo. Los jóvenes ya no los utilizan. Están “demodés”. El urbano se sentía superior. Iba a reirse del inferior. Pero esto, repito, se está acabando. Hoy, ni el paleta es tan paleta ni el urbano tan simple».

En la actualidad hay un trasiego continuo del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. Los jóvenes que se van a estudiar, los que vuelven de vacaciones. ¿Cómo conjugan estas dos vivencias?

«Los viejos ven con agrado que sus hijos se vayan a la ciudad. No se fían del campo. Les ha hecho sufrir mucho. De este modo comparten con ellos unas semanas en la ciudad y los hijos pasan el mes de vacaciones en el pueblo, con ellos. La emigración no rompe los lazos familiares ni los hijos se desligan del pueblo que los vio nacer. El campo les devuelve la imagen de su infancia. En todo caso consideran que han progresado».

Leyendo su libro Castilla habla, y muchas otras de sus obras, se encuentran oficios (el cepero, el alimañero, el capador) e infinidad de palabras que apenas ya si reconocemos. Usted mismo ha señalado que «dentro de poco se leerá con diccionario».

«Cientos de palabras desgraciadamente se han perdido al desaparecer las tradicionales labores del campo (por ejemplo, los vocablos referentes a las labores de siembra y recolección). Las nuevas generaciones ni

siquiera las conocen. Esa pérdida es de incalculable valor. Yo, viejo admirador de la sabiduría campesina, he sido el primero en lamentarlo».

Nuestro paseo termina. Llegamos a Sedano, del que el novelista dice que es un caso especial.

«Es pueblo con pocos recursos agrarios. La fruta, muy buena, no acertaron a comercializarla. Una forma de explotación cooperativa quizá hubiera remediado su economía. Pero el sedanés se limitaba a coger los frutos de sus árboles para el consumo familiar y el grano de sus hazas. Hoy, los viejos viven del retiro. La economía de subsistencia ha desaparecido. Lo que se cultiva son los páramos -grandes extensiones- y a base de tractor y cosechadora. La vida de la comunidad rural -de lo que queda de la comunidad rural- no se organiza alrededor de la cosecha: siembra, abono, recolección, trilla, etc».

Se percibe en Delibes una distancia hacia el mundanal ruido, engrosada en sus muchos años de retiro rural. Especie de lobo solitario o buen salvaje roussonian, Delibes dice:

«Los verdaderos elementos de sugestión y encantamiento para la población española son: hacerse rico de un golpe y sacar el mayor número de vacaciones posibles. (...) La civilización exacerba el egoísmo humano. Si hay una línea común a mis novelas es el acoso al individuo, sea por la ignorancia, la violencia o la organización. Lo que da unidad a mis novelas es la soledad del individuo, y, después de tanto predicar veo que la tendencia es a peor».

María Antonia García de León es Profesora de Sociología (UCM), escritora y poeta. antonieta006@gmail.com

